

**EL PARAÍSO DE LAS ISLAS
(II PARTE) 09-05
EL PADRE DEL CUCHILLO
(II, Introducción, c. 1)**

Emilio Sola
emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 28/05/2012 y 18/07/2023
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

EL PADRE DEL CUCHILLO.

II Parte.



ANTÓN DOLORES MEDITA SOBRE LA TRINIDAD Y EL AMOR

Abruptamente debe comenzar este amanuense la segunda parte de la historia del padre del cuchillo con una descripción rápida, una breve evocación, mejor, de uno de los grupos de infeliz memoria en el paraíso de las islas; pero debe hacerlo así, a pesar de que lo que le gusta a él es narrar historias "con futuro", de las que luego serán recordadas como modélicas o de origen de algo, y no historias de mezquindades y de situaciones o realidades condenadas al olvido.

Porque todo este trabajo de amanuense no es más que una lucha contra la pérdida de la memoria, la muerte. La inmortalidad pudiera ser simple: la vida sigue y con la memoria de lo vivido. Y esto le parece correcto a este amanuense incluso en lo personal. Tal vez "alguien", en una "vida posterior", se recuerde a si mismo -y esto le ayudará a construirse mejor- leyéndose, por ejemplo. Creo que van por ahí estas recurrentes "interpolaciones" de amanuense que se dan en casi todos los relatos de historias del paraíso de las islas. Son pistas personales, paralelas a las "pistas" comprensibles para todos que sin duda aparecen en cada relato.

Y quisiera recordar aquí, éste que escribe, aquellas palabras de Antón Dolores al padre del cuchillo, de una de sus innumerables visitas en el sur: "¡Cuántos años investigándome a mí mismo para llegar a conoceros! -había dicho Antón Dolores-. ¡Cuántos años contemplándome a mí mismo desde fuera y a mis cercanos para llegar a comprender el mundo de los hombres y, con él, el mundo todo!".

El amanuense. Los amanuenses. Apasionante laberinto el de los papeles de los amanuenses que este amanuense está empeñado -con tantos otros- en desenmarañar o desentrañar. Arduo, pero. Este trabajo.

1

Del malvado corsario Escandalera y del "contrato de esclavo"

Bartolillo Escandalera era un casi enano gordinflón, de rostro marcado, calvo, de enrevesado carácter caprichoso y, sobre todo, malo. Había nacido en un medio marinero, en una de las más hermosas islas ponentinas de este que llamamos paraíso -a cuya formación opuso siempre tozuda resistencia-, y, como por destino o lógica incuestionable, a la mar había dedicado desde joven su actividad. Era notable su ancestral o heredado espíritu corsario, tomado el término en su acepción más negativa de ruindad y maniobrería, inclinación a la doblez, al engaño y a la traición por sistema, en todo lugar y cualquiera que fuera el más cercano que había de sufrir su mala condición y mal hacer. A todos sorprendía -a todos los que habían soportado su proximidad física- que de tan hermosa isla hubiera surgido tamaño forajido.

Había heredado Escandalera una flotilla de bergantines, veleros que durante años habían hecho de él un próspero armador muy respetado en su isla; sobre todo mientras había sabido mantener los servicios de transportes de mercancías y viajeros entre las islas y las costas ponentinas, verdadera red de navegación de cabotaje muy apreciada por los comerciantes e industriales de aquellas riberas de la mar y de las más diminutas islas. Su ambición personal, sin embargo -y la amistad con otro singular personaje, Archibaldo de la Capra-, habían hecho que Bartolillo Escandalera se dedicara cada vez más a actividades que pudiéramos denominar circunstanciales o "políticas", al mismo tiempo que se iba desentendiendo de las rutas tradicionales por juzgarlas menos rentables a corto plazo y que fueron pasando, con las naves que las aseguraban, a manos de otros armadores de otras islas.

Poco a poco, pues, había ido vendiendo su antigua flotilla de veleros, remozados con motores discretos que no afeaban su bella estampa, y se había ido haciendo con otros barcos más modernos, ostentosos, de mayor capacidad y que dedicaba, con sus amplios salones alfombrados, a cruceros de lujo y reuniones y congresos en alta mar -puestos de moda por su nuevo socio Archibaldo de la Capra-, muy jaleados por la siempre al quite llamada prensa del corazón. El tandem de la Capra/Escandalera se había convertido en el anfitrión de las más selectas reuniones de una clase político-financiera que había manipulado a placer, durante años, diferentes regímenes políticos de los países ribereños ponentinos.

Hasta la llegada de la gran crisis previa a la Gran Confederación y a la Gran Guerra.

Muchos años después de la caída y muerte del rey Malek H. Ntani II, por ejemplo, aún eran recordadas por algunos nostálgicos las fiestas anuales que aquel monarca diera a bordo de los tres barcos mayores del armador Escandalera.

Aunque bastante reciente, todo aquello era el pasado. Con los cambios políticos previos al montaje de la Gran Confederación Centro-Sur -que tendremos que evocar más adelante en este relato-, todo aquel mundo en el que Escandalera había intentado medrar se vino abajo. Y en su hundimiento había arrastrado consigo la flotilla de barcos de lujo de la sociedad Escandalera & de la Capra. Impuestos impagados y trampas financieras de todo tipo habían dado al traste con más de la mitad de la flotilla del armador; él mismo, con su socio y con los colaboradores más cercanos, se habían visto obligados a ponerse al frente de las naves que consiguieron salvar del desastre. En el tiempo de este relato, eso estaba sucediendo de manera paralela a la caída del rey Malek H. Ntani II. En el tiempo del paraíso de las islas, sucedía en torno al año veinte antes de la Gran Guerra y muerte de Juan Bravo.

Hombre de confianza del Escandalera, y colaborador más cercano, era el hasta casi entonces gran "trepador" Archibaldo de la Capra. Originario de otra isla diminuta y más o menos cercana, la hermosa Lampedusa, se había afincado en un lugar de la costa meridional española en donde había logrado un matrimonio ventajoso y una nada desdeñable herencia a la muerte de sus suegros; ésta la había invertido en una dudosa carrera política que le deparó crecidos beneficios económicos personales, hasta la muerte del líder que propiciara sus éxitos públicos, un par de años antes de la muerte del malrecordado rey Malek, buen amigo suyo. Desde el momento de su auge político había iniciado numerosas aventuras financieras, la última de las cuales sería la evocada con su socio el armador. Uno de aquellos grandes negocios -del que fue apartado cuando perdió pie políticamente, pero negocio del que fuera principal promotor- fue el que giraba en torno al eslogan "Imáginese lo que puede ser jubilarse millonario", con el que había conseguido captar para una serie de cadenas de bancos privados cuantiosos recursos de gentes preocupadas por su después. Realmente, en aquel tiempo, se había llegado a una verdadera revolución cuando el hombre, los grupos, habían conseguido multiplicar por mucho el uso del dinero; pero la pobreza del análisis social había hecho que aquella revolución agilizadora se convirtiera en pura retórica especulativa...

En fin. Este amanuense pide disculpas. Era otro el destino de su texto: presentar a Archibaldo de la Capra. Y era éste un hombre de noble presencia, alto, elegante, de rostro agraciado, cabello ondulado y pulcro, hermosa mirada clara, fácil palabra y pluma, toda una serie de condiciones facilitadoras del éxito en aquella antigua sociedad. Habilidad de Bartolillo Escandalera fue, sin duda, captar a semejante socio.

Un verdadero fichaje.

Otro gran colaborador del Escandalera -si así se pudiera decir, pues no se puede saber con certeza quién era colaborador de quién- era otro político, en un tiempo muy atrás también prestigioso político, el ya anciano Jiménez del Cisne. En el tiempo de su juventud y primera madurez, Jiménez del Cisne había sido un apasionado luchador en defensa de la conservación de los altos valores tradicionales de la sociedad; los lemas "familia, propiedad y policía", "orden, propiedad y religión", con otros similares, habían sido glosados con profusión en un sinnúmero de discursos del joven Cisne, y habían sido muy famosos durante años. Grupos como "los defensores de la moral wikinga" y "los guerrilleros de Dios", habían llegado a organizarse inspirados por las ardientes palabras del joven Jiménez del Cisne. Aún hace pocos años, recuerda este amanuense de su juventud, era operativa la denominada "banda de Mortadelo y Filemón", uno de los últimos grupos residuales de aquella floración antigua, mesiánica y violenta; su actividad duró hasta los años posteriores a la Gran Confederación y la Gran Guerra, aunque en los últimos años eran únicamente viejísimos luchadores los que la integraban.

En fin, Jiménez del Cisne, en el tiempo de su asociación peculiar con Escandalera y de la Capra, era un anciano, aunque animoso y ágil, de cuerpo flaco y sarmentoso, rotundo perfil ganchudo y mirada brillante y decidida; la línea dura de sus labios finos y prietos le imprimía un carácter tal que resultaba difícil de olvidar para alguien que le hubiera tenido enfrente. Sobre todo si ese alguien se había tenido que enfrentar al viejo luchador.

Fue tras la caída del rey Malek H. Ntani II cuando Jiménez del Cisne se decidió a lanzarse de nuevo a la acción, a raíz de un telefonazo de sus conocidos Bartolillo Escandalera y Archibaldo de la Capra.

--No me interesan vuestros negocios, Bartolillo -le había dicho Cisne a Escandalera en aquella conversación telefónica-. Pero la miserable muerte de ese rey me produjo escalofríos. Es insufrible una impertinencia semejante contra el más sacro-santo de los poderes: el poder real. El orden está en peligro. Contad de la Capra y Usted con mi colaboración directa para frenar el avance de los descarados iconoclastas.

Y Jiménez del Cisne, a pesar de su edad avanzada, se había echado a la mar en uno de los barcos de la flota del Escandalera, precisamente el más veloz y el mejor pertrechado y aviado. Los otros dos socios le preparaban "viajes especiales", como ellos decían, en los que al lado de la razón económica -transportes diversos, correos privados, contrabando de lujo o armas, esclavos de los llamados voluntarios...- siempre había alguna otra misión de cruzada que pudiera satisfacer a la mente del ardiente Cisne; éste, siempre receptivo y ansioso de marcha, se dejaba convencer con facilidad. Y se sentía feliz, sonriente en la proa de su nave rápida, como en éxtasis, su mente calenturienta

a más velocidad que el propio barco, tal en avión o en veloz nave espacial.

La particular empresa de aquel trío particular pronto alcanzaría, sin que ellos lo pretendieran, a los grupos que comenzaban a articularse en torno a Lauari Bujudmi, y en varios frentes a la vez.

Nada más regresar a la ciudad de los vientos después de su última entrevista con el capitán Mengano y con Halimo en Nápoles, Lauari Bujudmi había sentido la necesidad de embarcarse. Pero de embarcarse en una nave de alguien que no le conociera, en la que pudiera sentirse completamente libre de atenciones particulares o a salvo de un trato especial y diferente. Esta simple cuestión era difícil en el puerto de su ciudad, sin embargo, y Lauari Bujudmi decidió viajar a otra en la que no tuviera conocidos. Así fue como aquel verano, en la ciudad de Palma, de la isla mayor balear, Mallorca, entró en contacto con Bartolillo Escandalera y se le ofreció como marinero. Su juventud y la pobre indumentaria que había elegido para iniciar la nueva experiencia marinera, debieron confundir al patrón corsario; con una sonrisa que quería bonachona, éste le ofreció, de entrada, lo que por entonces estaba muy en boga y que llamaban "contrato de esclavitud".

Decía el contrato: "Por el presente, yo -----, paso a considerarme esclavo del señor -----, me someto a su voluntad, paso a su entera disposición con la única contrapartida de que me dé de comer y dormir, así como de que ningún mal físico, nada que duela, en fin, pueda ya no hacerme, sino meramente desearme". Más abajo, entre paréntesis, añadía: "En el caso de que este contrato no sea de por vida, especifíquese la duración del mismo pactada entre las partes". En el reverso también figuraba una nota: "El amo que haya aceptado a un esclavo podrá deshacerse de él cuando lo desee, así como venderlo a un tercero con su consentimiento. El que se ha ofrecido como esclavo sólo podrá dejar de serlo al finalizar la duración del contrato, en el caso de que sea temporal, o pasando al servicio de otro amo en el caso de que sea de por vida. Sólo en el caso de que ese amo nuevo tenga prevista su liberación en la semana siguiente a aceptarlo como esclavo, el amo antiguo no tendrá derecho a ninguna compensación por la pérdida de su antiguo esclavo, o una compensación mínima".

A este amanuense se le ocurre que la misma extrañeza que le causó a él esta figura jurídica, en la actualidad tan rara, si no desaparecida, puede causársela también a cualquiera de sus posibles lectores del paraíso de las islas. Por ello, investigó algo y llegó a conclusiones, aunque generales y simples, claras. Desde Yanquilandia, en donde se había comenzado a utilizar, no sin reticencias al principio, en unos momentos de crisis económica atroz y espeluznantes niveles de paro, casi masivo, la fórmula del "contrato de esclavitud voluntaria", como se denominó, se había generalizado por toda la Federación Oeste y hasta en la Unión ex-Roja, aunque aquí con el eufemístico nombre

de "contrato de adopción familiar con contrapartida de trabajo". Multitud de desesperados hambrientos se habían acogido a este tipo de contrato en aquellas sociedades desiguales y, aunque había dado lugar a no pocos abusos, mal que bien aquellos tipos de contrato cumplieron una no desdeñable función durante muchos decenios. La gente prefería el "contrato de obrero" simple, pero en momentos de crisis este contrato se hacía raro y el de esclavo era el único sustitutorio tipificado jurídicamente.

Lauari Bujudmi reaccionó con prontitud ante la oferta del sonriente Bartolillo Escandalera. Estaban los dos sentados en el camarote del capitán del buque, a ambos lados de una recia mesa de madera noble.

--Prefiero el contrato de obrero, señor. No tenía intención de ofrecerme como esclavo...

--¡Llámame Bartolillo sin más, hijo! -le atajó rápido el otro, sin dejar de sonreír-. Con los tiempos que corren, es el único contrato que te puedo ofrecer ahora... Pero si saliera con bien la operación que tengo entre manos, en la que están comprometidos tres reinos limítrofes orientales, podría ofrecerte un nuevo contrato más a tu gusto..., aunque ventajoso para ambos, como debe ser.

Instintivamente, a Lauari Bujudmi le desagradó el tono melifluido que usaba el Escandalera, en un intento burdo de hacerse agradar y ser convincente. Procuró que no se le manifestara en el rostro el desagrado. El corsario se levantó y bordeó la mesa hasta quedar en pie al lado de Lauari, mientras seguía con su discurso; y una de sus manitas gordezuelas, adornada con un aparatoso anillo con brillante engarzado, en el dedo índice, la llegó a hacer descansar unos segundos en el hombro del aspirante a marino.

--Casi todas las tripulaciones de mis barcos están ligadas conmigo por este contrato. Puedo asegurarte, hijo mío --y Bartolillo acercaba su rostro rubicundo y marcado al de su oyente, el dedo índice ensortijado enhiesto como para reñir o adoctrinar a un niño-, puedo asegurarte que a todos los trato con el mismo cariño y amor que a mis familiares más cercanos. ¡Qué digo! Con más mimo, si cabe, pues mi contacto con la marinería es mayor que con mi familia de sangre. Por eso, hijito -y fue aquí cuando posó su mano en el hombro del Bujudmi-, te recomiendo que no tengas ningún reparo en firmar este contrato conmigo. Es sólo por guardar las apariencias, ¿comprendes? Los controles son muy rigurosos para nosotros, los patrones de banderas libres, como sabrás. ¡Hasta les llaman barcos corsarios a nuestras naves! -Bartolillo gesticulaba ahora, sus brazos al cielo, primero, y luego caídos en gesto de desaliento-. No tienen ni un punto así de sensibilidad para nuestro trabajo duro, con el que a tantas bocas tenemos que alimentar. ¡Ingratitud, hijo mío! Ingratitud, es el signo de nuestros tiempos.

Lauari Bujudmi intentó interrumpir el discurso de Escandalera.

--Señor, ya le digo...

--¡No me llames señor, por favor! Parece mentira que no tengas confianza para llamarme simplemente Bartolillo, o Tomeu, si prefieres, hijo -el marino adoptó ahora postura arrogante, las manos a la espalda, la prominente panza alta, y paseó el camarote con pasos ceremoniosos-. Una vez te decidas a firmar el contrato y pases a engrosar nuestra gran familia marinera, podrás acercarte por tesorería para que te asignen una cantidad de dinero, aunque módica, por los tiempos difíciles que corren, suficiente en sí, para que puedas adquirir algunas prendas de vestido u objetos personales que pudieras precisar para nuestra próxima travesía. Creo que nos sentiremos todos muy felices aquí al tenerte entre nosotros, hijo. A propósito, ¿cual me habías dicho que era tu nombre?

--Bujudmi, Lauari Bujudmi.

--¡Ah, muy bien! ¡Excelente! Un poco difícilillo de pronunciar para mí, que soy algo torpe de oído... -el Escandalera había vuelto a su silla frente a Lauari, al otro lado de la mesa, y parecía querer escribir-. Pero no importa: te llamaré simplemente hijo, que es más bonito y delicado. Si lo deseas, podemos rellenar ya el documento de tu contrato. Tú mismo podías escribir aquí tu sonoro y algo complicado nombre, hijo, y el resto nos lo puede rellenar el escribano abogado de la nave. Porque aquí procuramos estar bien preparados para todo, con tantos días en la mar y en países extraños -Escandalera, sonriente y encantador, había centrado el folio del contrato frente a Lauari y le tendía obsequioso una hermosa estilográfica de capuchón dorado-. Puedes estampar tu firma aquí, hijo, y poner con letra clara, con mayúsculas capitales mejor, tu nombre completo aquí, ¿ves?

Lauari no parecía decidido a firmar aquel documento. Había prestado atención al discurso sin demasiado entusiasmo, había tomado la estilográfica que le tendiera el otro y la había dejado sin más al lado del papel, pero no había hecho ningún gesto que mostrara intención de firmar. Al fin, Escandalera ya algo inquieto, habló Bujudmi.

--Mire Usted, señor Escandalera, o Bartolillo, si así lo prefiere. Le he dicho que quiero trabajar de marino, no que quiera firmar un contrato de esclavo.

El corsario abrió mucho los ojos, como si no pudiera creerse lo que oía. Sus gestos se volvieron más bruscos.

--Es que toda mi marinería tiene un contrato así; no voy a hacer una excepción contigo.

--En ese caso, me buscaré otro barco.

Lauari se puso en pie. El otro le miraba, sentado aún, con cara bobalicona de incredulidad. La cicatriz que le marcaba la mejilla pareció encenderse en unos segundos.

--¡Pero, bueno! ¡Cómo te atreves..., como te llames, cómo te atreves a rechazar una oportunidad así de embarcarte! En tierra, todo serán calamidades y hambre para ti. En el mar, con nuestra nave, todo será diferente: aire puro, trabajo saludable, camaradería, seguridad de puchero caliente. Piénsalo bien, hijo.

El tono se iba endulzando de nuevo. Lauari no lo pudo soportar. Lo de "hijo", otra vez, colmó su paciencia. Le entraron prisas por irse.

--¡No me interesa! Con ese contrato, no me interesa.

Iba a despedirse ya cuando, tras un leve toque en la puerta, entró uno de los socios del corsario; luego supo que se llamaba Archibaldo de la Capra. Bartolillo Escandalera se levantó y se fue hacia él.

--¡Oh, Archibaldo! Estoy desolado. Este mozo no quiere firmar contrato con nosotros.

De la Capra recorrió con la mirada, de pies a cabeza, el cuerpo de Lauari.

--Es una pena. Parece sano y fuerte.

--Ayúdame a convencerle, Archibaldo. Ya sabes que necesitamos más marineros para el próximo viaje.

De la Capra, mucho más alto que su socio, elegante en el vestido y peinado con primor, se dirigió a Lauari algo impaciente.

--¿Qué problema tiene Usted, buen mozo?

--Ninguno, señor. Sólo que no quiero firmar ese contrato con ustedes.

--¡Si es una pura formalidad!

--Aunque así fuese. No me va.

De la Capra escudriñó con los ojillos claros e inteligentes al Bujudmi, Escandalera a su lado con gesto adusto de ceño fruncido, las manos a la espalda.

--¿No le ha contado Usted, Tomeu, el asunto tan importante que tenemos entre manos?

--Algo le dije, sí.

--Es un asunto delicado y para el que necesitamos una numerosa tripulación fuerte y sana. Si todo saliera bien, ustedes tendrían la correspondiente compensación económica generosa.

--No es necesario que se esfuerce, señor...

--Archibaldo de la Capra.

--Creo que no me interesa.

--Pero fíjese Usted, joven, que se trata nada menos que de intentar facilitar la unión de tres reinos orientales en una única corona.

De la Capra parecía que iba a ser prolijo, pero Lauari, al escuchar el inicio del relato, sin duda en su mente la recién vivida aventura en el país de Yamel el Inflexible, mostró más interés. Esto agradó a Archibaldo de la Capra. Escandalera había tomado asiento de nuevo.

--El plan ha sido un prodigio de habilidad y diseño político. Un verdadero encaje de bolillos. Fíjese, muchacho, que en esos tres reinos vecinos reinan un rey, en el más oriental, y dos reinas, en el más septentrional y en el más occidental, respectivamente. Pues bien: deseosos de llegar a una unión por vía dinástica habían convocado un concurso público de ideas, primero, y de puesta en práctica del proyecto después. Entre mi socio y yo, con la ayuda inestimable de nuestro nuevo asociado Jiménez del Cisne, los hemos ganado. Esta misma mañana nos llegó la comunicación y debemos zarpar cuanto antes. Es un asunto de altos vuelos y del que es razonable esperar extraordinarias compensaciones de todo tipo, también pecuniarias.

--Pasta, hijo mío, pasta abundante, ¿comprendes? -se dignó intervenir el Escandalera, aunque no por ello rompiera su figura rotunda de manos cruzadas sobre la panza prominente.

Lauari parecía interesarse y eso agradaba a los dos socios. Tras un breve silencio, preguntó.

--¿Y cual es ese plan, señor Archibaldo, si no es un secreto?

--¡Nada de secreto! Ya ha salido publicado en los países respectivos y, pronto, toda la prensa mundial, sobre todo la prensa seria especializada en alta política, y creo que también la del corazón por su alcance sentimental, se hará eco de tan magno proyecto. Este es, sin embargo, de nítido perfil. Encantador en su sencillez -de la Capra adoptó aire grave e importante-. Con las nuevas técnicas modernas de fecundación in vitro, o artificial, grosso modo, se puede llegar a provocar un parto en el que los tres monarcas de los tres reinos orientales puedan intervenir. El niño o niña nacido, aunque también sería posible elegir el sexo del bebé, sería el heredero único

de los territorios de las tres coronas. Está perfectamente acordada la fórmula con las tradiciones monárquicas más antiguas; de ahí que entusiasmara al notable Jiménez del Cisne, una verdadera garantía de la legitimidad de nuestra empresa.

Lauari Bujudmi se mostró aún más interesado. Perplejo, pero muy interesado. Preguntó de nuevo.

--¿Están de acuerdo el rey y las dos reinas con el plan?

--¡Encantados! ¡Están interesadísimos! -no pudo contenerse, e intervenir, Bartolillo Escandalera-. Sobre todo después de lo que le pasó al desdichado rey Malek, que en paz descansa, ¿verdad Archibaldo?

--Así es. Pero no viene a cuento el por qué estén tan interesados, Bartolillo -Archibaldo se dirigió de nuevo a Bujudmi-. El rey del reino oriental no tiene ningún inconveniente en prestar su semen y que elijan un espermatozoide, preferentemente macho, para su gusto, con el que fecundar a las reinas. Las reinas del reino septentrional y del meridional también están de acuerdo en prestar sus óvulos para la experiencia; pero en lo que no están de acuerdo es en qué ovario debe introducirse el óvulo fecundado. Ese es el problema mayor puesto que la reina del reino septentrional piensa que no soportaría el embarazo y los dolores del parto y quiere que sea la reina del reino meridional quien preste su ovario. Ésta, aunque dice que no tiene inconveniente pues no le teme al parto, quiere que ello tenga repercusiones protocolarias; que sea ella la que, con el futuro heredero, cumpla las funciones de reina madre y así se manifieste en los futuros actos y ceremonias oficiales.

A Lauari se le desmandó una sonrisa y el de la Capra, sin duda juzgándola de benévola comprensión, sonrió a su vez.

--Ya ves, muchacho, cómo un mínimo problema de protocolo, aunque sin restar importancia a tan necesarias reglas y reglamentos, puede llegar a ofuscar las mentes y a entorpecer el desarrollo de un magno plan de alta política... No es importante el desacuerdo, sin embargo. Los tres monarcas pasan una significativa, y más por lo no larga, época del año aquí cerca, en la costa meridional francesa y en Mónaco. Es muy fácil, por ello, llevar a bien la primera fase de reuniones y acuerdos, la etapa de decisión de cuál ha de ser el ovario regio elegido... Hacia Mónaco debemos salir de inmediato, muchacho. Tenemos prisa por contratar una marinería adecuada. Se nos ha insistido, además, en que esta marinería sea de lo más vistosa posible, de ahí la importancia de la juventud y buena presencia física de los elegidos. Cada uno de nuestros tres barcos mayores ha sido contratado para cada uno de los jefes de estado para sus necesidades, y aguardamos sustanciales presupuestos para nuestro quehacer.

Al llegar al final del discurso de Archibaldo de la Capra, Lauari Bujudmi se notó en un mar de borrascosa incertidumbre. Perplejo, una vez más,

ante la historia que le narrara el corsario, vacilaba entre lo peregrino del plan, que le atraía, curioso ante su posible desarrollo, y la repulsión que le transmitía tanto el "contrato de esclavo" como sus interlocutores, Escandalera en particular. Esa indecisión se plasmó en sus palabras.

--Ahora comprendo, señores, las prisas porque me enrolara pronto en la tripulación de sus naves. Pero necesito un tiempo para reflexionar, aunque sea sólo unas horas.

Archibaldo se encogió de hombros y, amable, le tendió la mano.

--De acuerdo, muchacho. Confío en que se decida; la empresa no le desencantará, sino todo lo contrario. Aunque sea por tiempo corto, creo que le interesa firmar el contrato. Una vez en Mónaco, cuando podamos hacer cálculos de coste más ajustados, podríamos hablar de nuevo de haberes y hasta de otro tipo de contrato.

Lauari Bujudmi salió de nuevo a cubierta y descendió a los muelles. El aire marino y el sol en su orto parecieron hacerle razonar con mayor sosiego. Se sintió mejor. Recorrió varias tabernas, charló largamente con muchos hombres de mar, algunos de la tripulación de los barcos del Escandalera, procuró informarse bien y decidió que, a pesar de lo interesante de la experiencia, no se enrolaría en aquella nueva aventura. Más aún, comenzó a dudar de que lo suyo fuera aquel tipo de aventuras, comenzó a considerar si no tendría más sentido consagrarse a otras actividades. A rescatar chavalería sometida a aquellos contratos de esclavo que tanto le repugnaran en lo íntimo, por ejemplo.

Se vio confirmado en este sentir cuando, al final de la tarde, pasó de nuevo por la nave del corsario Escandalera. Más de media docena de chavales, algunos demasiado jóvenes, esperaban a la puerta del camarote del oficial para firmar contrato con el armador. La figura rechoncha de un Bartolillo contento, firme junto a la mesa en la que un futuro marinero garabateaba su firma al pie del papel cuyo contenido Bujudmi conocía, las manos a la espalda, la prominente panza alta, le produjo malestar. No creyó que fuera necesario esperar para comunicarle a aquel individuo su decisión final de no enrolarse en la expedición; ni siquiera por cortesía era necesario.

Bajó de nuevo a los muelles y, como por la mañana, se sintió mejor. El sol brillaba aún, pero muy bajo, a punto de ponerse, muy cerca de la línea horizontal del mar, su camino dorado... Pensó en la gente de la ciudad de los vientos, en un proyecto de casa grande que pudiera ser lugar de encuentros, vagamente planeada por su prima -en realidad sobrina- Fatema Bujudmi, y decidió que el montaje de aquella casa bien podría ser un tiempo de balance, reflexión y puesta a punto para un después que sentía necesidad de tener perfilado. Se acercaba el inicio de la primavera. Se le ocurrió que debía dedicar un año completo de su vida, precisamente ese,

a familiarizarse con el padre sol. No supo bien por qué, pero supo,
una vez más. Construiría una casa dedicada al sol.

